RICARDO GULLÓN: *IN MEMORIAM*

PERFIL BIOBIBLIOGRÁFICO *

No sólo fue Ricardo Gullón un admirado colega, querido y respetado por su obra y su persona, sino también un amigo de verdad, fiel y afectuoso, para tantos. Su vida, larga y productiva, estuvo dedicada, casi exclusivamente, a su oficio de profesor y crítico literario, cuya gran vitalidad, que no reconoció límites, se revelaba constantemente en múltiples actividades intelectuales.

Por su personalidad simpática y generosa, Gullón solía despertar, tanto en sus colegas como en los estudiantes, lo mejor de sus posibilidades. Hasta en los últimos años, molesto ya por los agudos problemas de la vista, no disminuyó su ilimitada capacidad de trabajo; uno tiene incluso la impresión de que llegó a aumentar su producción crítica, a pesar de tan adversas circunstancias. Siempre estuvo dispuesto a compartir con sus amigos y colaboradores los muchos proyectos e ideas

---

* Una primera versión, mucho más breve, de las presentes páginas dictadas por la amistad y la gratitud, se publicó como nota necrológica en la *Hispanic Review* (Vol. 60, núm. 1, Invierno de 1992, pp. 120-124); ahora, gracias a don Manuel Revuelta, aparece nuevamente, en forma muy aumentada, en Santander, ciudad de la predilección de Ricardo Gullón.

En el cuerpo del texto, he suprimido a propósito referencias bibliográficas; pero sería injusto no citar, en nota al menos, tres de las principales fuentes de información sobre Gullón y su obra: Barbara Bockus Aponte, *La obra crítica de Ricardo Gullón* (Madrid, 1975); *Estudios en honor a Ricardo Gullón,* editados por Luis T. González del Valle y Darío Villanueva (Lincoln, Nebraska, 1984) y *Testimonio de amistad a Ricardo Gullón* (Madrid, 1988).

que nacieron en su mente activa y afanosa. Y así se nutría este hombre singular, entregándose apasionadamente a sus propios compromisos intelectuales y estimulando a los demás, de la manera más desinteresada, con su ejemplar generosidad.

Nació Ricardo Gullón el 31 de agosto de 1908, en Astorga, donde pasó los primeros años de su adolescencia, y fue aquí, en este pequeño núcleo provinciano, donde nació su profundo amor a las letras. Entre sus más tempranos entusiasmos figuraba, naturalmente, la poesía de Rubén Darío, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, gran triunvirato lírico para un joven como Gullón. Con Luis Alonso Luengo y los hermanos Panero, fundó un semanario (*La saeta,* 1925) y una revista literaria (*Humo* 1928), publicaciones que confirman una temprana vocación. Con buen gusto y fino sentido del humor, el propio Gullón ha evocado, con deliciosos detalles, algunas aventuras de tipo variado en la Astorga de los años 20, en el hermoso y conmovedor librito *La juventud de Leopoldo Panero* (1985), cuyo tono cambia, haciéndose mucho más sombrío, cuando a continuación se describe la tragedia de España, durante la década posterior. Gullón pasó un año en Toulouse, antes de emprender los estudios de Derecho en Madrid, donde terminó la carrera en la entonces denominada Universidad Central (1929), ingresando poco después en la carrera fiscal, con un primer destino en la Audiencia de Soria. A pesar de las exigencias de su profesión, nunca se apartó de la literatura y las artes.

Con su íntimo amigo el poeta y novelista Ildefonso-Manuel Gil —cuyo emocionado poema debiera recordarse en el presente contexto como tributo máximo y expresión de afecto y compañerismo—, editó varias revistas, por ejemplo, *Literatura,* en 1933. Hacia la misma época, publicó una primera novela —*Fin de semana* (1934)—, seguida, posteriormente, por otra titulada *El destello* (1948). Asumió un papel activo en los círculos literarios de la época, frecuentando, especialmente, la tertulia de Benjamín Jarnés, y colabora en la *Revista de Occidente* y en el *Diario de Madrid.* Sus más tempranos libros de crítica fueron una vida de Pereda (1944) y un estudio sobre Enrique Gil y Carrasco —*Cisne sin lago,* publicado en 1951 (segunda edición, 1989)—. El largo ensayo sobre la poesía de Jorge Guillén se imprimió en un libro editado con José Manuel Blecua (1949).

Después de la guerra civil, Gullón se trasladó a Santander, a donde llegó en 1941; tomó contacto, inmediatamente, con los escritores jóvenes de la ciudad con la que suele ser muchas veces identificado. En un plano profesional, con el tiempo llegó a ser fiscal en Santander. Aquel período de la vida intelectual de Ricardo Gullón ha sido evocado con precisión y conocimiento de causa —y no poca nostalgia— por su

gran amigo Pablo Beltrán de Heredia. También debe mencionarse el ensayo del propio Gullón titulado *El Santander de mi tiempo,* que se publicó, en edición no venal, en 1990.

La ayuda y los consejos de Gullón orientaron la importante revista de poesía *Proel,* que floreció por algún tiempo y de la cual fue colaborador, especialmente en su segunda etapa, a partir de 1945. Gullón era el verdadero centro de la vida cultural de la ciudad; su autoridad de crítico y lector de las novedades de la literatura europea del día se hizo sentir, primero, en la tertulia del café La Austríaca y luego en otros varios lugares de reunión frecuentados por los escritores y pintores santanderinos. Entre los años de 1943 a 1952 colaboró en el diario *Alerta,* con artículos y un sinnúmero de reseñas sobre temas diversos; páginas reveladoras de la universalidad del pensamiento de Gullón y del alcance de sus intereses estéticos. Orientó también la Sección de Literatura del Ateneo e impulsó un gran número de exposiciones de pintura; esa actividad culminó en las reuniones de la Escuela de Altamira, en Santillana del Mar, durante los veranos de 1949 y 1950. En efecto, su ensayo sobre el escultor *Angel Ferrant* (1951) se publicó en la serie de monografías editada por la Escuela.

Hacia los mismos años (1946), comenzó su frecuente colaboración en el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo,* que ahora acoge, con benevolencia, las presentes páginas. Por lo demás, en Santander empezó su carrera de profesor y conferenciante, dictando en 1949 un cursillo sobre la crítica literaria en España durante el siglo XIX. Aquella actividad puede considerarse ahora, al cabo de los años, como anticipo lejano de su clara vocación de crítico y profesor. Entre paréntesis, recuerdo que siempre admiraba mucho a *Clarín,* no por sus métodos y ataques virulentos, sino por su innegable agudeza crítica. A toda actividad cultural de la ciudad dio, pues, Ricardo Gullón significativo impulso, y su magisterio se extendió a los más diversos ámbitos intelectuales de Santander.

En 1953, Gullón marchó a la Universidad de Puerto Rico como profesor visitante en la Escuela de Leyes, y más tarde (1958) aceptó un puesto permanente en la Facultad de Humanidades. Así comenzó otro período significativo y de gran actividad cultural en la vida de Gullón. La tarea meticulosa de poner orden en la enorme colección de papeles pertenecientes al archivo de Juan Ramón Jiménez fue entonces iniciada; sin duda alguna, el trabajo de descifrar y clarificar aquella valiosa documentación viene a ser una cumbre entre sus claras realizaciones intelectuales. Bajo su dirección, pues, se establece la conocida Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez, que constituye un verdadero centro de investigación para los estudiosos de aquella época. Los trabajos de

Ricardo Gullón en la Biblioteca de la Universidad de Puerto Rico han sido evocados, con afecto, por su devota amiga y colaboradora Raquel Sárraga.

La estrecha relación que mantuvo Gullón con el siempre admirado poeta Juan Ramón se refleja en varios libros: *Conversaciones con Juan Ramón Jiménez* (1958), *Estudios sobre Juan Ramón Jiménez* (1960), *El modernismo. Notas de un curso* (1962) y *El último Juan Ramón* (1968). Entre las varias ediciones de la poesía y prosa de Juan Ramón preparadas por Gullón, además de varias antologías, también de prosa y verso, destaca la paciente construcción de los borradores de *Españoles de tres mundos* (la última impresión, de 1987).

Los años que Gullón pasó en Puerto Rico, rodeado de amigos y colegas, constituyen una etapa de gran alcance en su vida, y mucho se ha escrito sobre ellos (Agrait, Nilita Vientós...). Se había creado en la isla —con la que también estaba unido Gullón por vínculos familiares— un ambiente que favorecía sus actividades creadoras. Fue, además, inveterada costumbre suya regresar casi todos los años a Puerto Rico, «Isla de la simpatía», según la frase de Juan Ramón.

En 1960, Gullón fue nombrado profesor en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Texas en Austin, donde se convirtió, una vez más, en eje vital de la cultura hispánica, durante unos quince años. Nunca será bastante elogiado su especial talento de orientador en los destinos académicos del Departamento. Su estancia en Austin, por muchos motivos, representa otro punto alto en su distinguida carrera académica: llevó a la Universidad eminentes intelectuales hispánicos, y, en gran parte por su influencia, se celebraron en Austin simposios dedicados a varios escritores modernos: Galdós, Unamuno, Rubén Darío, Valle Inclán, Baroja o Azorín. No sólo era el profesor más popular y buscado del claustro, sino que disfrutó de la más sincera y respetuosa devoción por parte de los alumnos. Muchos de ellos emprendieron con Gullón sus estudios de doctorado e hicieron los trabajos de tesis bajo su dirección. Por él, la literatura llegó a ser algo vital para los jóvenes, y así pudo enriquecer el profesor la vida de los estudiantes; se sentía responsable de ellos, y consagró mucho tiempo a la tarea de asegurarles una buena preparación y satisfacer sus necesidades intelectuales. En su trato con los alumnos, llegó a combinar, en feliz proporción, cordialidad y disciplina.

Por otra parte, no es exagerado afirmar que, durante aquellos años de permanencia en Texas, dio empuje al hispanismo en los Estados Unidos y que, por sus criterios de excelencia académica, el Departamento creció en la cantidad y calidad de sus profesores. No debe ser, pues,

motivo de sorpresa que Gullón fuera muy buscado como profesor visitante por muchas Universidades, tanto en los Estados Unidos como en el extranjero. Asimismo, como merecido reconocimiento de sus méritos de profesor y crítico, recibió de la Universidad de Colorado (Boulder) el título de *Doctor Honoris Causa,* en la primavera de 1990, por la amplitud de un humanismo que abarcaba la literatura, la filosofía y el arte del mundo occidental. También le honró la Universidad de Texas, nombrándole en 1973 para ocupar una cátedra honorífica (Ashbel Smith Professorship). Durante aquellos años de estancia tejana, acrecentó su labor de promotor cultural en distintas esferas. Siempre había sido, desde los primeros tiempos —de 1946 en adelante—, amigo y colaborador de la revista *Insula,* cuyo número de junio de 1971 se dedicó a Gullón; ahora toma también parte activa en los proyectos de la editorial Taurus, dirigiendo en ella la benemérita colección «El escritor y la crítica», que ha alcanzado ya más de treinta volúmenes.

Renunció más tarde Gullón a su cátedra en Austin, para aceptar un nombramiento en la Universidad de Chicago, donde permaneció algunos años, antes de jubilarse definitivamente. El 18 de abril de 1975, ante un grupo numeroso de estudiantes y profesores, dictó como despedida una clase sobre «Antonio Machado en sus *Soledades*». En este sentido homenaje al maestro que se marchaba, tomaron parte los más destacados profesores y alumnos.

En Chicago siguió orientando a los estudiantes, con gran éxito, y, como siempre, llegó a ser allí una fuerza poderosa en la difusión del humanismo. Entre otras actividades, organizó un simposio internacional dedicado a Vicente Huidobro y la literatura de vanguardia, en abril de 1978. En su breve paso por Chicago, dejó profundas huellas en la vida del Departamento, donde siempre contó Gullón con el afecto de los profesores y de los alumnos.

En tiempos más recientes, alternó sus clases en la Universidad de California (Davis) con numerosos compromisos de conferenciante en los Estados Unidos y en el extranjero. Con motivo de su retiro definitivo (1988), se celebró en Davis un simposio en su honor, bajo la hábil dirección de Antonio Sánchez Romeralo. Los últimos años de la vida de Gullón fueron coronados con amplios reconocimientos de su evidente valor de crítico y de profesor. En octubre de 1989, le fue otorgado el Premio Príncipe de Asturias de las Letras. Su última publicación es *Juan Ramón Jiménez: año de gracia de 1903,* título del discurso leído al ingresar en la Real Academia Española, el 22 de octubre de 1990. Plenamente mereció dichos honores finales, a medida que concluía su brillante carrera.

Terminado este recorrido biográfico de Ricardo Gullón, en gran parte geográfico, me permito recordar unas palabras suyas, que resumen de modo admirable su propia trayectoria: «... de mis ciudades, luminosa Astorga de mi infancia y adolescencia; machadiana Soria; San Juan, henchido de sol; lagos y colinas de Austin; Chicago, huracanado y diferente; Madrid de la ilusión juvenil, tiene Santander un lugar único. Aquí fui recibido como amigo, tratado como uno de los vuestros, aquí nació mi hijo... Mi corazón se reparte entre la Astorga de mi padre, el San Juan de mi madre y de mi mujer y el Santander de mi hijo. Por cuanto os quiero y os debo, gracias».

Es imposible describir adecuadamente, en pocas páginas, la extensa obra de Gullón: más de treinta libros, así como un sinfín de notas y artículos dispersos, sin mencionar reseñas, prólogos y ediciones. Lo primero que llama la atención, en su bibliografía, no sólo es la cantidad de páginas impresas, sino también su amplitud temática. Es decir, su trabajo, con felices resultados, en muy distintos y variados campos de la literatura y el arte. Escribió sobre autores europeos modernos, franceses e ingleses, así como sobre los más significativos de España y América.

Desde un principio (*Novelistas ingleses contemporáneos,* 1945), mostró un interés especial en la novela como forma literaria y, de hecho, en varios libros posteriores habría de estudiar, de manera directa, ciertas teorías del género (*Psicología del autor y lógicas del personaje,* 1979; *Espacio y novela,* 1980, y *La novela lírica,* 1984). Tampoco debiéramos pasar por alto su gran entusiasmo por las artes plásticas contemporáneas, lo que dio origen a varias monografías y artículos, así como al libro *De Goya al arte abstracto,* cuya tercera edición apareció en 1972.

Los estudiosos de la literatura hispánica moderna deben mucho a Gullón, por sus excelentes trabajos dedicados a puntualizar el significado del modernismo, fenómeno siempre complejo y difícil de explicar satisfactoriamente. Influido por Juan Ramón Jiménez y Federico de Onís, Gullón veía el modernismo como una época anticonformista, de profunda renovación formal e ideológica. Gracias a sus estudios, ya no se repite, como antes, la fatigosa serie de lugares comunes sobre el tema. No es posible, pues, reducir el alcance del modernismo a un limitado número de elementos exteriores de poca duración, según solía hacer la crítica tradicional. En virtud de las rectificaciones hechas por Gullón, puede verse el modernismo como lo que realmente fue y, frente a una perspectiva parcial, cobra ahora nuevo relieve e importancia como impulso renovador muy amplio. El modernismo es una época en

la que cabe una multiplicidad de tendencias, personalidades y técnicas. En fin, una actitud, como decía Juan Ramón Jiménez.

Así, también pueden ser rebatidos los argumentos de los partidarios de la tesis discriminadora que separaba en tendencias opuestas modernismo (fenómeno esteticista, superficial, cosmopolita) y generación del 98 (interior, espiritual, nacional). En efecto, esa premisa escisionista no sólo rompe la unidad artística de la literatura en aquellos años, sino que falsifica los afanes estéticos y éticos de los escritores de entonces. Fundamentalmente, Gullón aconseja no confundir sociología e historia con el estudio intrínseco de la literatura. Desde esa perspectiva, el crítico reconoce confluencias y tiende a hacer desaparecer el afán disociador que tanto pesaba en la crítica de antaño.

Por otra parte, Ricardo Gullón fue el primer crítico que demostró la modernidad de Pérez Galdós (*Galdós, novelista moderno*, 1957, y, posteriormente, *Técnicas de Galdós*, 1970); sus hondas páginas sobre Unamuno (*Autobiografías de Unamuno*, 1964) son novedosas; y, sin la menor duda, uno de sus libros más originales es *Una poética para Antonio Machado* (1970), obra por la cual profesaba un afecto muy especial. En este libro, cabe decirlo, Gullón no se propone describir las ideas poéticas de Machado, expresadas en muchos textos ampliamente comentados por la crítica. Lo que quiere hacer —y lo hace con singular fortuna— es descubrir la poética no escrita que puede inferirse de los poemas de Machado. Es decir, explicar la poesía desde el mismo poema y no desde perspectivas ajenas: historia literaria, hechos biográficos, etc.

Los títulos arriba enumerados son de obras mayores, que combinan crítica imaginativa con una seria investigación literaria. Aunque he señalado las fechas de su primera publicación, casi todas han sido reimpresas y, en algunos casos, revisadas por el autor. *Direcciones del modernismo* (1963, 1971) es tal vez el libro más leído de Ricardo Gullón; algo después, en el mismo formato, aparece otro volumen de ensayos: *La invención del 98 y otros estudios* (1969). Un grupo aparte puede formarse con varios volúmenes más reducidos, pero cuyos intencionados títulos revelan, una vez más, los intereses del autor: *Las secretas galerías de Antonio Machado* (1958, 1967), *Espacios poéticos de Antonio Machado* (1987), *Balance del surrealismo* (1961), *Pitagorismo y modernismo* (1967) y *García Márquez o el arte de contar* (1970, 1971, 1973).

Como crítico, Ricardo Gullón jamás aceptó los lugares comunes; era un lector acucioso, penetrante y bien informado, que sabía abrir nuevas e inesperadas perspectivas en las obras que examinaba. Rechazó la sistematización de conceptos e ideas, manteniendo así una marcada

independencia de pensamiento. Análisis riguroso e intuición creadora se dieron la mano en la visión crítica de Gullón, expresada siempre en una prosa clara y concisa, amena y eficaz.

Sin prejuicios ni limitaciones doctrinales, literalmente toma posesión de la obra que estudia, logrando una apasionada identificación con ella. No desdeñaba, sin embargo, la historia literaria como disciplina ancilar, considerándola un paso indispensable anterior al acto crítico de juzgar. Gullón no desprecia, pues, las circunstancias exteriores; pero las subordina al estudio exhaustivo del texto escrito. De hecho, sus aportaciones a la historia literaria son valiosísimas; de manera especial, en el área de las relaciones entre escritores (*Relaciones entre Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez,* 1964).

Gullón creía que una facultad sumamente importante en la crítica era, desde luego, la imaginación, lo que de ninguna manera implica desprecio de la disciplina y del rigor crítico. Combinaba con la pasión un pleno conocimento del pasado histórico y un dominio total de los instrumentos de la técnica analítica. Puede afirmarse que, en síntesis, su orientación crítica evolucionaba hacia un formalismo razonado, nunca exagerado. El principal empeño crítico de Gullón es el estudio de las formas artísticas; de ahí que su obra, informativa e imaginativa al mismo tiempo, venga a ser, fundamentalmente, producto de buen gusto y refinada sensibilidad, cualidades a las que se suma un instinto infalible para percibir auténticos valores estéticos. Pienso, además, que un largo trato con escritores y sus problemas expresivos contribuye, también, a la dimensión creadora de su crítica. Profundo conocedor del oficio y exigente comentarista literario, Gullón cumple siempre, de manera adecuada, con sus propias palabras de 1977:

«Ante todo, el crítico debe ser muy riguroso consigo mismo. Tiene además que ser honrado, honesto, y ha de esforzarse en dominar los instrumentos que técnicamente le permitan llegar al fondo de las obras, para poder potenciarlas debidamente. Por otra parte, no creo que el crítico deba ser político, lo que no quiere decir que carezca de ideas políticas, ni mucho menos, sino que ha de tener sumo cuidado en no proyectar sus propias ideas en la crítica que hace».

Descritos, someramente, algunos aspectos de la obra y práctica crítica de Gullón, puede que se haya perdido aquí un poco de vista al hombre y a la persona que fue autor de tantos libros y artículos. Grave error, si es así. Su honestidad e integridad, junto con una sincera devoción a los valores humanos, nunca claudicaron; libre de prejuicios y arbitrariedades, rechazó de plano todo simulacro y falsedad; su divisa fue la autenticidad.

Como conversador, era gracioso y ameno, disponiendo siempre de una inagotable mina de anécdotas e historietas. Sencillamente, era un verdadero placer oírle y estar a su lado. Además de su archisabida generosidad y vitalidad, siempre me impresionó en él su accesibilidad. Abierto en el trato, su valor profesional nunca cerraba puertas, sino todo lo contrario. Tenía, en fin, un magnífico don de gentes y la gran virtud de saber reír.

Son muchos los recuerdos que conservo de aquel hombre, alto y sonriente, vestido totalmente de blanco, cuando lo conocí, hace años, en Oaxaca, a donde habíamos ido los dos con motivo de un congreso hispanoamericano (1961). Nuestra amistad, felizmente iniciada entonces, fue haciéndose más estrecha con el tiempo; primero, durante el año 1967, en que se celebró el centenario de Rubén Darío, y, posteriormente, a lo largo de unos diez años en Austin, cuando nos veíamos casi a diario.

Me siento enriquecido por esa dilatada convivencia con Ricardo Gullón, y está fuera de mis posibilidades expresar, de manera cabal, todo lo que debo a quien era un verdadero dechado de generosidad y simpatía. Espero que su imagen no se marchite con el transcurrir de los años; de ahí estas modestas páginas de homenaje al hombre y al crítico literario. Al dejar profundas huellas en la vida de quienes tuvimos la fortuna de tratarle, lo mismo en sus amigos que en sus familiares es muy sincero el dolor ante la ausencia de Ricardo Gullón.

ALLEN W. PHILLIPS
Profesor Emérito de la
Universidad de California (Santa Bárbara)